

Secretaría de Prensa Por instrucciones de S.E., no entregar a nadie este discurso.

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN ENCUENTRO CON ESTUDIANTES,
ORGANIZADO POR LA VICARIA DE LA PASTORAL UNIVERSITARIA

SANTIAGO, 5 de Septiembre de 1991.

Estimados jóvenes:

Cuando el padre González me invitó a participar en este encuentro, no dudé en aceptar, porque para un hombre de mis años es siempre muy estimulante tener oportunidad de reflexionar con los jóvenes, más aún cuando éstos son universitarios. Porque se entiende que la condición de universitario, que es un privilegio que significa pertenecer, de alguna manera, a una élite que ha alcanzado acceso a niveles superiores de cultura, de posibilidades de conocimiento, de capacitación para la vida, significa, al mismo tiempo, una capacidad de mirar la vida con una perspectiva mucho más amplia que quienes no han tenido este privilegio.

Se me ha pedido reflexión y testimonio sobre el sentido de la vida: cómo ser felices.

Permítanme hacer, primero, algunas reflexiones y luego, lo que pudiéramos llamar, la parte testimonial.

Mis reflexiones podrían parecer un poco intelectuales, pero responden a convicciones profundas. Tal vez por lo que aprendí en mi hogar, en el hogar de mis padres, desde joven entendí la vida como una tarea, y muchas veces, a lo largo de mi ya larga existencia, me he vuelto a formular la pregunta y siempre la respuesta es la misma. ¿Cuál es la pregunta?: "¿Para qué estoy aquí? ¿Para qué fui creado? ¿Para qué nací?".

¿Para ser feliz? Pero ¿qué es ser feliz? Hay mucha gente que se pregunta ¿qué me dará la vida?, y espera de la vida muchas cosas: espera bienestar, satisfacciones, placeres, riqueza, poder.

Se siente como acreedor de la vida y piensa en sacarle el jugo a este paso o tránsito terrestre, para obtener de él el máximo para sí. Y después ¿qué?

Con los años uno ve que quienes son consecuentes con ese camino, van sufriendo sucesivas frustraciones. Nunca los goces son suficientes; siempre los contratiempos alteran los programas y, al final, la sensación de vacío.

Por mi parte, yo creo que lo que tenemos que preguntarnos es: ¿Para qué estoy aquí? ¿Para qué nací? En otros términos: ¿Qué me pide la vida a mí? No "qué le pido yo a la vida", sino "¿qué me pide la vida a mí?". Y si yo me hago esa pregunta, tengo que procurar contestarla conforme a la visión que yo tenga de la existencia, del mundo.

Somos seres racionales, hemos sido dotados de inteligencia, voluntad y libertad. Inteligencia para distinguir lo bueno de lo malo; voluntad para conformar nuestros actos con nuestra inteligencia, con nuestra razón. Es decir, para hacer lo bueno y no hacer lo malo; para decidir. Y libertad, para escoger, porque siempre tengo la opción de hacer lo que mi recta razón me indica o lo que mi instinto, mi pasión, mi egoísmo, mi apetito, me sugiere.

La vida es un constante elegir.

Los seres humanos vivimos eligiendo desde que nos levantamos hasta que nos dormimos, porque la vida nos presenta alternativas. "¿Me levanto a la hora que debo o sigo flojeando en la cama..?, tan rico quedarse otro rato más, pero tengo que hacer". Y ahí funciona la primera elección. ¿Qué me dice el instinto?: "Quédate donde estás". ¿Qué me dice la razón?: "Levántate y anda".

Bueno, para qué seguimos. Ustedes pueden razonar e ir viendo cómo constantemente la vida es un permanente tener que elegir.

Esta elección es también elegir el rumbo de su propia vida, que no es un acto -si dijéramos- único, que no es un acto trascendental, en que de repente, a los 15 años o a las 18 o a una edad determinada, nos ponemos contra la existencia y nos hacemos un análisis de conciencia y decimos "yo elijo esto". No. La verdad es que el camino de la propia vida se va eligiendo todos los días, en un constante sucederse de decisiones que uno va adoptando.

Pero, ¿con qué criterio adoptamos esas decisiones? Con los criterios que nos dan los principios que profesamos, los valores en que creemos. Y si Dios nos dio el don de la Fe, nos tocó con su gracia dándonos este don, que no todos los seres humanos tienen el privilegio de recibir, será en esa Fe donde debemos encontrar los criterios para definir qué hacemos de nuestra vida.

Si somos cristianos, tenemos que entender que fuimos puestos sobre la tierra, según el Génesis, para crecer, multiplicarnos, henchir la tierra y enseñorearnos de ella. El destino del hombre

es transformar el mundo físico que le fue puesto a su disposición, para hacerlo mejor.

Pero si somos cristianos no nos contentamos con saber eso. El Evangelio nos dice: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura". Y nos dice: "Amad a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo". En eso se resume la ley.

Y las bienaventuranzas nos dicen que son felices los pobres en espíritu, que son felices los que tienen hambre y sed de justicia, que son felices los misericordiosos. Y de esas enseñanzas se desprenden los criterios o valores fundamentales que nos deben servir para construir nuestra propia vida.

La vida no nos es dada hecha. La vida la hacemos nosotros, día a día. No fue un regalo. Nos regalaron la vida, claro, pero no nos regalaron lo que va a ser nuestra vida.

Cierto es que esto va a depender, en alguna medida, de las circunstancias. Un filósofo, Ortega y Gasset, dice: "Yo soy yo y mi circunstancia". Claro, la circunstancia, el lugar donde nací, la condición económica y social del hogar donde nací, los dotes que Dios me dio, mi capacidad física, mi capacidad intelectual, van a ser circunstancias que de algún modo influyan en lo que va a ser mi vida. Pero no la determinan por sí sola. Yo no soy mero instrumento de las circunstancias, como una hoja al viento que los hechos que me rodean lleve hacia donde quieran.

No. Las circunstancias me condicionan, claro. Y el que nace en la pobreza, tendrá limitaciones más grandes que el que nace en la abundancia. Y probablemente el que nace en la abundancia tendrá tentaciones más grandes que el que nazca en la pobreza. El rigor es buena escuela, pero impone y significa limitaciones. El hijo del rigor tiene que esforzarse mucho más para construir su vida como la sueña.

Ustedes dicen: "Bienaventurados los que sueñan". Yo también lo creo así. Gracias a Dios, hemos sido dotados del don de soñar. Soñar es imaginar algo mejor, imaginar una realización, y la tarea es tratar de convertir ese sueño en realidad.

¿Pero cuál es ese sueño? Para un cristiano ese sueño tendrá que ser: ser fieles a los valores del Evangelio; ser un servidor; luchar por el bien; servir al prójimo; tratar de construir un mundo que sea vitalmente cristiano. Si creemos en los valores del Evangelio, queremos que ellos no sólo inspiren nuestra propia vida, sino que ellos pasen a ser la levadura que influya o determine la existencia social. Y entonces, el cristiano querrá entregar su vida ¿a qué?; dedicar su vida ¿a qué? Por una parte, a realizarse personalmente, como fiel servidor de los valores cristianos, fiel testigo de Jesucristo y, al mismo tiempo, tratar

de que esos valores sean los que dinamicen, los que enriquezcan, los que inspiren la convivencia colectiva en la sociedad en que vive. Tratar de que la sociedad sea cristiana. No cristiana de etiqueta, no cristiana de apellido: cristiana en la substancia misma de su vida, en la forma como se convive. Porque la vida es convivencia.

El amor al prójimo parte de esta realidad de que nadie vive solo. Robinson Crusoe es un producto de la imaginación del novelista. El ser humano nace y desenvuelve toda su vida rodeado de sus semejantes. El prójimo son sus padres, son sus hermanos, son sus vecinos, son sus compañeros de colegio, son sus compañeros de universidad, son sus compañeros de trabajo, son todos sus semejantes. Y con ellos tiene que convivir.

Y si se practica realmente el amor al prójimo, lo primero es respetar a ese prójimo como una persona igual a uno. Un ser dotado de alma, de inteligencia, de voluntad, de libertad; respetarlo en cuanto tal y ser capaces de intentar comprenderlo y ponernos en el caso de él. Y ésa es la base para que seamos capaces de amarlo. Aunque nos parezca antipático, aunque discrepe de nosotros, aunque sea nuestro adversario o nuestro enemigo. El Evangelio nos dice que debemos amar a nuestros enemigos. Difícil, pero es parte de la consecuencia con esta concepción.

Esta actitud es absolutamente opuesta al del escéptico, que no cree en la posibilidad de hacer un mundo mejor. El escéptico que, desde su punto de vista, no tiene fe y, en consecuencia, sólo piensa en realizar metas personales, de propia satisfacción; que no se pregunta ¿qué me pide la vida?, sino que se pregunta ¿qué me puede dar la vida?, y que sólo busca la felicidad en el logro de satisfacciones personales.

Yo no digo que nuestra fe nos obligue a olvidarnos de nosotros mismos; pero nos exige, a entender que nuestro paso por la vida sólo tiene sentido en la medida en que esté consagrada, que seamos capaces de consagrar esa vida, a un fin superior a nosotros mismos.

Normalmente ese fin superior, para quien no se entrega a servir directamente a Dios, en el sacerdocio, en la religiosa o el religioso, es el servicio al prójimo, el servicio a la humanidad. Y ese servicio a la humanidad empieza por el servicio a los que están más cerca, el servicio a los hermanos, a los vecinos, a los compañeros, a la comunidad local, a la Patria, a la humanidad.

Estos son, si dijéramos, los elementos de reflexión que, un poco desordenadamente pero respondiendo a convicciones muy profundas y arraigadas en mí, puedo exponer, como raciocinio, frente a la pregunta: ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Cómo ser felices?

Paso ahora, con mucha modestia, al testimonio. Siempre el testimonio es odioso, en cuanto pudiera significar un desnudarse en público o en cuanto pudiera significar alguna dosis de vanidad.

Yo nací en un hogar muy especial. Mi padre, abogado, juez, era masón, racionalista. Mi madre, una mujer que no tenía cultura superior pero que tenía una gran inteligencia y una gran sensibilidad, era cristiana y católica, aunque no muy observante. Tenía mucha fe, pero en aquellos años -hace ya mucho tiempo- la fe se manifestaba demasiado en formalismos y a veces menos en la substancia. Mi madre no sentía que fuera un pecado faltar un domingo a Misa, si tenía que quedarse cuidando al hijo enfermo, al lado de su cama, con una entrega extraordinariamente generosa.

Uno y otro tenían un gran sentido social, según el lenguaje de nuestro tiempo. Yo no creo que ellos tuvieran realmente esta sensación, no creo que hayan hablado nunca del sentido social, pero lo tenían.

Mi padre había tenido una formación difícil, el caso típico de un hombre formado por sí mismo. El penúltimo de 14 hermanos, quedó huérfano de padre y madre a los cuatro años, se crió con unos abuelos, en el campo, y a los 10 años lo enviaron a la Escuela Normal José Abelardo Núñez. Se recibió de profesor primario -preceptor, se llamaba en aquel tiempo- a los 15 años, y fue destinado a Curanipe. Pero en lugar de irse a Curanipe, él decidió quedarse en Santiago y seguir estudiando para profesor de Historia, en el Pedagógico.

Para eso tenía que dar Bachillerato, porque en la Escuela Normal no se daba, y tenía que saber inglés, que en la Escuela Normal no se enseñaba, y en lugar de ir a vacaciones, se fue a un colegio inglés que había en Santiago y les pidió a los profesores, a la familia, que dirigía el colegio, que lo recibieran como pensionista durante el verano, y que él los ayudaría en los quehaceres domésticos a cambio de que le enseñaran inglés. Y en marzo dio Bachillerato, sabiendo inglés. Y entró al Pedagógico, y se ganó la vida como Inspector, mientras estudiaba Historia. Y recibido de profesor de Historia hizo clases en el Liceo de Aplicación y se puso a estudiar Derecho. Mientras hacía clases, estudió Derecho y se recibió de Abogado.

Bueno, tal vez esta experiencia de tanto tesón para salir adelante y de conocer la vida dura de muchos de sus compañeros, especialmente de la Escuela Normal, lo llevó a ser un hombre muy sensible frente al prójimo, lo que pudiéramos llamar "muy democrático de espíritu".

Y nosotros, desde niños, nos acostumbramos a salir a pasear con mi padre por las calles de San Bernardo, donde vivíamos, y mi padre saludaba a toda la gente, y se ponía a conversar con la señora que vendía en un puesto en la esquina o con "la comadre

arveja", una señora que sembraba arvejas en una parcela, y él le puso así, "la comadre arveja", y a todos los saludaba y con todos conversaba. Ya viejo, lo llamaban en San Bernardo "el caballero que saluda a los pobres". Ese fue un ejemplo. Nosotros nos acostumbramos desde niños a respetar a los pobres.

Y mi madre, aunque en esa época no había tantas organizaciones para acción social, participaba de esta misma inquietud, y constantemente llegaba gente a pedir algo y en mi casa nunca se le negaba, nunca se les cerraban las puertas.

Por otro lado, yo me formé en un Liceo, el Liceo de San Bernardo. Después de haber pasado, según el correr de la carrera judicial de mi padre, que empezó en Valparaíso, y ahí estuve en Los Padres Franceses, siguió en Valdivia, y ahí estuve en el Colegio Salesiano, terminó en Santiago, pero se radicó a vivir en San Bernardo, y ahí estuve en el Liceo. Y en el Liceo la mayor parte de mis compañeros eran hijos de obreros, de obreros ferroviarios. Y eso fue para mí muy enriquecedor, porque aunque yo era hijo de un profesional, Ministro de Corte, personaje, bueno, yo era igual a estos muchachos que eran hijos de obreros y que eran mis amigos, y muchos de ellos han seguido siendo mis amigos el resto de su vida, y también fueron obreros de la Maestranza de San Bernardo.

Esa enseñanza, más que teórica, esa enseñanza de testimonio, me hizo desde niño tener un gran sentido de lo que hoy día llamaríamos "solidaridad social", de respeto por el prójimo, de respeto por los más pobres, de vocación de servir, de servir especialmente a los más pobres.

Hay otro hecho curioso. A la altura, más o menos, de los 15 años, yo tuve una crisis religiosa. Yo había sido muy observante, había sido "cruzado", en esa época existía "la cruzada"... yo no sé si existe todavía "la cruzada". Pero a eso de los 15 años, me empezó a bajar una rebeldía frente a lo que yo consideraba una posición del aparato eclesiástico muy cercana al mundo de los ricos y, digámoslo francamente, muy conservadora, muy poco abierta a los cambios que yo sentía que se necesitaban.

Y un día dejé de ir a misa, y mi padre, lo recuerdo como si fuera hoy, me dice: "Jovencito, ¿usted no va a misa?". Entonces yo me quedé mirándolo y debo haberle dicho algo: "Bueno, ¿y qué me dice usted?", porque él no iba, naturalmente, a misa, él era masón. Y él me dijo: "mira, sé lo que tú estás pensando. Pero yo no voy a misa porque no tengo fe, no soy católico. Quisiera tener fe. Pero, tú dices que eres católico". "Sí." "Entonces, tú debes ser consecuente. Tú debes ir a misa".

Puede haber sido uno de muchos episodios que me enseñaron algo que para mí ha sido fundamental en la vida y que yo considero lo más importante en la conducta del ser humano: la consecuencia.

Tratar de vivir conforme a los valores en que se cree. No saco nada con proclamar mi fe y mi carácter de cristiano y una serie de valores, si vivo de una manera distinta, si esos valores los traiciono a cada rato. Ser o no ser. Si yo profeso ciertos valores, si yo tengo cierta fe, si yo creo en ciertos principios, tengo que tratar de vivir conforme a ellos.

Tal vez fruto de todo esto, para mí fue muy claro, desde niño, cuál era mi tarea, mi vocación. La vocación no es otra cosa que eso: el llamado a algo. Mi vocación, mi tarea, es la justicia. Desde muchacho yo entendí que mi vocación era tratar de luchar porque el mundo fuera más justo, servir a la justicia. Por eso estudié Derecho. Era natural, era la profesión de mi padre, lo encontraba en el ambiente. Pero, además, era la manera de servir este bien superior en que yo creo: la justicia.

Y, al mismo tiempo, sentí desde joven que estas cosas en que yo creía, estos valores, debía tratar de compartirlos, y sentí por eso vocación por la enseñanza, por tratar de formar a otros en estos valores en que yo creía, enseñando las cosas que yo sabía.

De ahí mis dos actividades. Aunque no me recibí de profesor, fui profesor, tanto en la Universidad como en el colegio; fui profesor del Instituto Nacional durante muchos años de un ramo que entonces se enseñaba y que después se suprimió y que, entiendo, que se ha vuelto a restablecer; Educación Cívica. Enseñaba también Economía Política.

Pero luego me di cuenta, en el ejercicio de mi profesión, que la vocación por la justicia no se llena en el ejercicio de la profesión de abogado, porque ahí sólo se puede contribuir a lograr justicia conmutativa en casos particulares. Como abogado, como juez, se ayuda a lograr soluciones justas a conflictos singulares.

Pero hay una gran injusticia: la injusticia social. Y hay un afán de construir una sociedad más justa, que acorte las distancias entre los ricos y los pobres, que permita realizarse plenamente como personas a todos los seres humanos. Y para cambiar las estructuras de la sociedad y construir una sociedad más justa, hay que entrar al campo de la vida social y política. Por eso me hice político, y como cristiano entendí que el lugar más adecuado, conforme a mis principios, para servir la causa de la justicia con arreglo a los valores del humanismo cristiano, en que yo creo, estaba en lo que entonces se llamaba la Falange Nacional, después la Democracia Cristiana. Y ahí estoy... después de toda una vida dedicado a esto.

Y si ustedes me dicen "¿es feliz?". Yo diría que sí. Y ustedes me dirán: "era que no, cuando usted ha llegado -me dirán- a lo más alto que se puede aspirar, ha llegado a ser Presidente de la República". Y, créanmelo. No soy más feliz siendo Presidente de la República que lo que fui luchando en los distintos frentes en que me tocó a lo largo de la vida.

¿Cómo decirles? El poder, para mí, es simplemente un instrumento para servir. Jamás busqué el poder, no me interesa la sensualidad del poder, no me alegra mandar a otros ni poder despedir, ni nombrar, ni otorgar beneficios o quitar beneficios. No. Me duele, a veces. Me cuesta.

Dios ha querido colocarme donde estoy.

Dios quiso darme también un hogar feliz, una mujer con quien llevamos 43 años casados y nos hemos querido y entendido, tal vez porque uno y otro hemos procurado eso: ponerse en el lugar del otro, comprender al otro, entregarse al otro.

Algo tuvo que ver mi vocación por la justicia con mi matrimonio. Los caminos de Dios son insondables. Yo escribí un artículo en la revista "Política y Espiritu"; se llamaba: "La verdad sobre el carbón", con motivo de una gran huelga de los trabajadores del carbón que hubo el año 47. Mi mujer no me conocía y a un amigo común le preguntó "¿conoces tú a este señor Aylwin que escribe este artículo?". Mi amigo nos presentó, y diez meses después éramos marido y mujer. Bueno, estoy entrando en demasiadas confidencias.

Quiero decirles, para terminar: ustedes son jóvenes universitarios, ustedes son privilegiados dentro de los jóvenes chilenos. Cada uno de ustedes tiene que esforzarse para salir adelante en sus estudios, tiene que vencer dificultades, circunstancias, limitaciones económicas, incomprendimientos, a veces, en el hogar, problemas de carácter, en fin. Pero cada uno de ustedes tiene que preguntarse: ¿Para qué he sido puesto aquí en esta tierra? ¿Cuál es mi tarea? Y cada uno de ustedes, como joven chileno, tiene que preguntarse: ¿Qué me pide Chile? ¿Qué espera Chile de mí? ¿De qué manera yo puedo servir a Chile?

La pregunta que se hizo O'Higgins. O'Higgins pudo quedarse en la Hacienda Las Canteras, en El Laja, donde tenía no sé cuántas leguas y 10 mil cabezas de ganado, y haber sido un hacendado rico. Pero lo dejó todo porque creía en esta quimera de convertir a este Chile en una Nación independiente.

Todos, de alguna manera, tenemos que preguntarnos "de qué manera podemos servir a nuestro prójimo, podemos servir a nuestra Patria, podemos servir a la humanidad".

Chile necesita mucho de ustedes. La gente entrada en años se va tornando progresivamente egoísta y piensa más cada uno en sí mismo, en su bienestar, que en la comunidad. Hay excepciones, pero es frecuente. Y a mí me asusta cuando veo que en los niveles juveniles empieza a desarrollarse un espíritu competitivo y la gente se empieza a preguntar "¿a dónde voy a llegar yo; cuánto voy

a ganar yo; en qué actividad me voy a hacer más rico o tengo más posibilidades de hacerme rico?".

Francamente, ese no puede ser vuestro sueño. ¡Allá él, el que escoja eso como su camino! Pero quien quiera seguir el mandato de Cristo tendrá que entender que tiene que echarse al hombro la cruz de luchar por construir un mundo mejor, buscar primero el Reino de Dios y su Justicia, y lo demás se os dará por añadidura; tratar de construir el Reino de Dios.

Y la experiencia de mi vida -con esto termino- es que la añadidura es siempre generosa. A mí me han caído muchas cosas que no he buscado, dadas por añadidura.

* * * * *

SANTIAGO, 5 de Septiembre de 1991.

M.L.S.